## CARTA EN DEFENSA

DE

# DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

DIRIGIDA AL SEÑOR DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

(CONCLUSION.)

El sacerdote que mereció entrar en la venerable congregacion de presbíteros naturales de Madrid, llegando á ser su digno y virtuoso presidente; el hombre admirable que se habia encerrado en el asilo de la *fe*, tenia en su modesta casa un templo de *caridad*, á donde corrian los menesterosos y desventurados que pedian alivio á aquella otra hermosa hija del cielo, y en sus mismas tareas eclesiásticas encontraba su mente poderosa, estímulo para los giros elevados con que revelaba la divina aspiracion de su inmortal esperanza.

Por eso usted, señor don Juan, que tanto ha estudiado la vida y obras del gran poeta, me dice en su estimable carta que «estraña mucho que haya quien califique de escéptico á Calderon, que escribió tantos autos sacramentales como pudiera el teólogo de fe mas viva y pura.» Por eso yo quisiera que mis débiles, pero bien intencionados esfuerzos, alcanzasen á hacer ver al señor Oñate que si la muerte, que todo lo iguala, reunió en un punto los cuerpos de los tres poetas que despiertan sus *indefinibles pensamientos*, durante la vida, atravesaron sus almas por bien distintos caminos. Y no porque Larra y Espronceda *se mofasen de la virtud*,—como dice el señor Oñate,—sino *porque no la hallaron donde pensaban encontrarla* ¿Cuándo faltó el tiempo para amar la virtud? Aquellos *mártires desventurados de su corazon*,—espresion felicísima con que los califica fielmente el articulista crítico,—no encontraron reposo porque no le buscaron; porque gastaron la vida en fatigar su espíritu, arrastrados por la funesta ilusion de su fantasía. Larra conocia los vicios sociales y los criticaba en sus admirables artículos; Espronceda estudiaba la humanidad en su *Diablo Mundo*; pero ni el uno ni el otro supieron estudiarse y conocerse á sí mismos, para llegar á vencerse, en aquellas solemnes y preciosas horas de meditacion en que el amor á la virtud y la verdadera sabiduría hubieran podido librarlos del martirio y redimirlos de la esclavitud de sus pasiones.

Siento de veras que el señor Oñate me haya obligado á evocar desconsoladores recuerdos de los que aun tienen en este mundo corazones que lloren aquellas terribles desventuras como si propias fueran. Pero es preciso respetar fielmente la historia. Es preciso separar la vista de los sepulcros y fijarla una y otra vez en ese gran libro en que algo mas debe encontrarse detrás de los nombres que el misterio impenetrable y frio de los mármoles. La historia juzga á los hombres trazando la senda de su vida con la pluma severa de la verdad, y da á cada uno lo que es suyo, apoyándose constantemente en la justicia. Ya hemos visto lo que de hecho y de derecho pertenece á la memoria del venerable don Pedro Calderon de la Barca.

Aunque al rechazar con la Historia las arbitrarias é injustas suposiciones del señor Oñate, he procurado combatir implícitamente las del señor Utrera, debo, no obstante, hacerme cargo del párrafo correspondiente, tanto por ser fiel al plan que me he propuesto, cuanto porque cada crítico aparezca en su terreno y con su verdadero grado de culpabilidad.

Presenta el señor Utrera á Victor Hugo, estudiando y analizando las bellezas de las obras del gran Calderon, sumergiéndose en el inmenso mar de sus ideas y *descifrando su simbólico sentido*. «*Puede ser*,—dice el brillante articulista andaluz—que en el misticismo de sus autos sacramentales haya algo oculto; *tal vez* una *doctrina esotérica* se envuelva en ellos: un aguzado escalpelo *quizá* encontraria *tesoros* que nadie ha visto, que ninguno ha sospechado; *podria suceder*, que bajo la negra sotana del sacerdote se descubriese la túnica del filósofo; tras la uncion del creyente *la ironía del escéptico*, entre la pompa de la poesía la verdad descarnada, desnuda y pura.»

En el entusiasta arrebato, por acompañar á Victor Hugo en su triste aislamiento del colegio de nobles, dándole un gran libro para su consuelo, no repara el señor Utrera en la gravedad de sus hipótesis atrevidas, á trueque de ofrecer al pensamiento *profundamente analizador* del poeta francés, un trabajo analítico superior á las fuerzas humanas, y que hasta reviste de las espesas nieblas del *esoterismo*, para que mas brillante aparezca el triunfo del autor de *Los Miserables*.

La filosofía de Calderon es la filosofía del cristiano católico, y por lo tanto, tan hermosa y verdadera, como sencilla y clara. Si algo oscuro se encuentra en sus obras, no es la doctrina, que nace de purísimas fuentes, sino la forma, el traje con que suele revestir sus ideas, que peca no pocas veces de estravagante, como cortado por la exageracion de la moda, cuyo rey en el lenguaje era en aquella época el culteranismo, fruto literario, en su mayor parte, del éxito que alcanzaron los *Conceptos espirituales* de Alonso de Ledesma y sobre todo, las obras del poeta cordobés Luis de Góngora, de quien al fin tomó el nombre el estilo culto.

Pero en familiarizándose con su conceptuoso estilo, ¿quién dejará de comprender á Calderon? ¿Quién no verá que es el espíritu verdaderamente religioso el que anima sus mas brillantes creaciones, y que es la fe la musa inmortal que inunda de esplendor divino sus *autos sacramentales*? Bajo aquel espíritu y aquella fe ¿qué sospecha el señor Utrera? ¿qué puede ocultarse?

¿Es el escepticismo el que constituye *esos tesoros* que *con ayuda de un aguzado escalpelo*, pretende encontrar el señor Utrera?... ¡Miserables tesoros!... Con el auxilio de su clara inteligencia, puede fácilmente el crítico encontrar en los dramas sacros de nuestro poeta, el riquísimo é inagotable tesoro de la verdadera filosofía. No, no la oculta la túnica del filósofo; la túnica del filósofo es esa negra sotana del sacerdote que ve el señor Utrera; el filósofo es el sacerdote mismo; caminan juntos, apoyándose, auxiliándose en su difícil mision sobre la tierra; elevándose al principio de los principios en alas del amor de los amores; buscando á la luz de las santas creencias el término feliz de su aspiracion divina.

Sí, el sacerdote es el filósofo: ¿por qué no lo afirma el crítico sin recelo? De ese modo acabaria él mismo la impugnacion del absurdo que engendran sus arbitrarias suposiciones. ¿Cómo armoniza *la uncion del creyente* y la *ironía del escéptico*? ¿la *filosofía* y el *escepticismo*, cuyas escuelas son antinómicas? La filosofía es el amor á la sabiduría que tiene por esencia la verdad; el escepticismo es el amor á la duda, es la duda misma, es la negacion de la verdad, es mil veces mas repugnante que el error. Me dirá el señor Utrera, que tambien los escépticos se llaman filósofos. Sí, pero ese título es un horrible sarcasmo con que esa secta cobarde parece querer burlarse hasta de sí misma. La verdad es una, y una sola es la filosofía verdadera, cuyo principio eterno es Dios, al que dirigen sus aspiraciones los filósofos, por el recto y seguro camino que trazan la razon y la moral.

Afirme tambien sin recelo el señor Utrera, que *entre la pompa de la poesía*, presenta Calderon la *verdad pura*, y por lo tanto clara, es decir, nada esotérica. Porque el poeta es el filósofo, es el sacerdote; y por eso en su *Virgen del Sagrario*, rechaza y confunde el error de Pelagio por medio de la elocuente fe y sublime inspiracion de San Ildefonso, triunfando la inmaculada pureza de María; por eso en su *Mágico Prodigioso* desconcierta y deshace las tramas del demonio, para que rotas las cadenas de la esclavitud, pueda Cipriano volar libre con su amada Justina, á recibir de Dios la corona de la gloria eterna, purificado ya su amor en las aguas del cristianismo, y acrisolada su fe con el valor y la santa resignacion de los mártires.

No vacile el señor Utrera en asegurar, que Calderon, entre las galas de su brillante númen, presenta tambien la verdad *desnuda* y hasta *descarnada*. Pero sepa el crítico andaluz que precisamente en ese terreno es donde mas se marca la distancia que hay de nuestro poeta á los escépticos. Estos ofrecerán á la humanidad el triste espectáculo del esqueleto de nuestras miserias, de la brevedad de las glorias mundanas, de lo pasajero y efímero del goce de los sentidos; presentarán la verdad de lo finito con la exacerbacion de una esperiencia estéril, con los negros y repugnantes colores del hastío; con la crueldad del espíritu miserable que mira con avidez á la tierra, porque no ve mas allá, y que concluye por proclamar como los gentiles las glorias del suicidio y por marcar los límites de su fe, cantando con Espronceda:

«Solo en la paz de los sepulcros creo.»

Calderon ofrece desnuda la verdad; dice al hombre, que aunque su vida esté colmada de gloria, de poder y de riquezas, *su vida es un sueño*: pero al mismo tiempo le dice que *aun en sueños, no se pierde el hacer bien*, porque

«Es todo el poder prestado
y ha de volverse *á su dueño*.»

Y ahí tiene el señor Utrera, cómo desnudando la verdad, viste Calderon de clara luz el entendimiento del hombre, y en breves palabras le presenta el camino recto y seguro que trazan la razon y la moral, y que le conduce mas allá de los sepulcros, á la region de lo infinito, al término feliz de su destino santo, al trono del Señor de toda riqueza, de todo poder, de toda gloria. Calderon habla de *la muerte* como poeta lírico; y consecuente con el poeta dramático, dice, dirigiéndose al pecador en aquellas admirables décimas:

. . . . . . . . . .
«Y pues con tal brevedad
Pasa la mas larga edad,
¿Cómo duermes y no ves
Que lo que aquí un soplo es
*Es allá* una eternidad?
. . . . . . . . . .
Goza del tiempo oportuno,
Granjea con tu talento;
Que aquí dan uno por ciento,
*Y allí* dan ciento por uno.
. . . . . . . . . .
Y pues no hay mas que adquirir,
En la vida, que el morir,
La tuya rige de modo,
Pues está en tu mano todo,
Que mueras *para vivir*.»—

Ahí el poeta se ha separado de la moda impertinente y habla en estilo llano. ¿Comprende ahora el señor Utrera la doctrina filosófica de Calderon? ¿Conoce la moralizadora tendencia de sus desnudas verdades? ¿Aprecia la distancia que existe entre los escépticos y los verdaderos filósofos? Por lo mismo que es indisputable el talento del crítico sevillano, no puedo esperar de él una respuesta negativa.

Tampoco puedo, ni quiero, creer que los señores Oñate y Utrera, sean de los que se dejan arrastrar por el falso brillo de la moderna escuela alemana, que se afana por desvirtuar las glorias católicas, si no alcanza á convertirlas en glorias racionalistas, deleitándose en contemplar el fatídico vuelo de los genios del escepticismo... ¿Quién no compadece á Juan Pablo Federico Richter, el mas loco soñador de los soñadores alemanes, que en una de sus estraviadas fantasías, se atreve á presentar á Jesucristo dudando de sí mismo y de su Eterno Padre? Es decir, el divino fundamento de la única religion *verdadera*, convertido en *escéptico*... ¿Quién no maldice las perniciosas escuelas seudo-filosóficas de mal entendida libertad, que á concederla llegan tambien á esos miserables atacados de la contagiosa enfermedad del pensamiento, peligrosas y temibles víctimas del peor de los delirios?...

Pero ya es justo, amigo don Juan, que camine rápidamente á la conclusion, convencido de que, en asuntos tan grandes como el que nos ocupa, lo mas fácil es dejarse arrebatar por el entusiasmo; saber limitarse, lo mas difícil. Las suposiciones de los dos estraviados críticos, están rechazadas por el espíritu de las obras sacras del gran sacerdote poeta, que llegó á merecer el título de *venerable*, y aun mas por la práctica noble de su vida ajustada sencillamente á aquel mismo espíritu. Porque el hombre era el poeta, era el filósofo, era el sacerdote; y sin desmentirse nunca, con bastante fuerza de voluntad para practicar sus propias predicaciones, huia glorias que son *un soplo*, por buscar tranquilo *las eternas*; rechazaba el usurero mundo que le ofrecia *uno por ciento*, trabajando, avaro de los bienes de su alma, por lograr *el ciento por uno* que le prometia el espléndido Señor de los señores; regia sus pasos de modo que, al encaminarle á la muerte, con seguridad y dulzura le llevasen á la *eterna vida*.

Los escépticos, como nada creen, nada esperan: Calderon, como creia en Dios, en Dios fundaba todas sus esperanzas. Los escépticos, como dudan hasta de sí mismos, se rinden sin luchar á sus pasiones: Calderon como tenia la fe por escudo, luchaba siempre con teson y siempre vencia. Los escépticos, arrastrados por lodo de los goces de la materia, se fatigan y envejecen pronto y, mirando á la tierra, *buscan la paz en los sepulcros*: Calderon, alzándose vencedor de sí mismo, gozaba descansado de la dulce satisfaccion de su conciencia y, lleno de vida, contemplaba el cielo con alma serena y allí buscaba con ansia el lauro imperecedero de la virtud y la paz imperturbable de los justos. Los poetas escépticos sucumben maldiciendo los recuerdos de su estéril existencia, despues de ahogar su acento en los últimos horribles cantos de su desesperacion: nuestro poeta, se recreaba en su vejez relatando sus inocentes y hermosas memorias de la infancia, y murió como dice su contemporáneo el historiador Solís, como muere el cisne, cantando; pero con un acento dulcísimo, que resonaba mas allá de la tumba, porque su canto era el último de sus autos sacramentales; era un himno sublime, inspirado por la fe y el amor de Dios, que se elevaba en alas de su espíritu á las eternas regiones de su divina esperanza.

He llegado, señor Hartzenbusch, acompañado de mi buen deseo, al fin de mi noble propósito, que creo será fielmente interpretado por los mismos ilustrados críticos á quienes he intentado combatir, seguros de que, al defender la honra de don Pedro Calderon, solo he querido, escudado por la razon incontestable y clara, disipar las sombras del error que se envuelve en sus arbitrarias suposiciones. El tiempo que ha trascurrido desde que sus artículos se publicaron, no es bastante para robar el interés y la importancia que en sí encierra esta defensa, porque, como ya he dicho, siempre es oportuna la luz purísima de la verdad y de la justicia.

Santander 7 de marzo de 1863.

EDUARDO BUSTILLO.